



Obras Completas
tomo VIII

Domingo Faustino Sarmiento

Y si habla mal de España,
es español.—BARTERÍA.

En cierta ocasión me preguntó un sujeto cuál era el escritor español del siglo XIX que prefería yo entre todos, y aunque la pregunta es demasiado española, quiero decir, simplista, y que casi nunca es posible contestar á cuestiones de primero y último, le contesté, sin embargo, diciendo: Sarmiento. Y al ver su gesto interrogativo, hué de añadir: Domingo Faustino Sarmiento, un argentino que murió, ya de edad, el 11 de Setiembre de 1888. «¿Argentino?—exclamó mi interlocutor—entonces no era español.» Y hué de responderle: «Más español que ninguno de los españoles, á pesar de lo mucho que habló mal de España. Pero habló mal de España muy bien.» Y tuve que informarle de quién era D. Domingo Faustino Sarmiento.

Le hablé de la vida fecunda y enérgica de ese maestro de escuela nacido de una antigua familia colonial en San Juan, al pie de los Andes, periodista en Chile, donde estuvo emigrado, peleando con la pluma contra el tirano Rosas, y gran educador de su patria, en que llegó á la Presidencia de la República. Le hablé de la copiosa labor de ese vigoroso polígrafo, de sus obras educacionales, y, sobre todo, de sus tres obras capitales, los *Viajes*, viajes por Europa, África y América, en que nos narra el que en 1846 hizo á España, y es relato el de este viaje que merece ser reproducido; los *Recuerdos de provincia*, en que se leen las más sentidas y más vigorosas páginas que un hijo puede dedicar á la santa memoria de su madre, y *Civilización y barbarie*, libro conocido comúnmente por el *Facundo*, y en que Sarmientonos cuenta las biografías del general Juan Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos, del general y ex fraile dominico Félix Aldao, y del Chacho, tres caudillos de las contiendas civiles de la República Argentina en el primer tercio del siglo pasado.

«¿Y no habla más que de cosas de allá?»—me preguntó.—Y le respondí: «No habla más que de cosas de allá, no habla más que de las luchas que enardecían á los ánimos de aquellos entre quienes vivía; pero habla de tal modo, con tal pasión y tan soberana elocuencia, con tan candente parcialidad, que son libros que pueden leerse en cualquier país y en cualquier época. Es como en la *Divina Comedia*, en que todo el calor y la soberana inspiración viene de que el Dante habla de sus contemporáneos, de sujetos que, á no ser por el inmortal poeta, se habrían anegado en la Historia.»

Bajo la pluma de Sarmiento, los personajes todos de las luchas civiles de la Argentina á

principios del siglo XIX adquieren un relieve homérico. Sarmiento tenía lo que los campesinos llaman ojo de caballo, engrandecía cuanto miraba. No hay sino leer las pinturas que en sus *Recuerdos de provincias* hace del clérigo D. José Castro, el maestro de su madre, el santo cura Castro que llevaba el Evangelio en la mano y el *Emilio*, de Rousseau, escondido bajo la solana; el portentoso retrato de D. Domingo de Oro, ó en *Civilización y barbarie* la de los tres caudillos que biografía, y en todas sus obras, ó poco menos, lo que dice el tirano don Juan Manuel Rosas. Nadie contribuyó á agigantar la figura de este prodigioso tirano, tan grande para la leyenda como puedan serlo los más grandes del Renacimiento italiano, como contribuyó á ello su más implacable enemigo: Sarmiento. En el *Facundo*, Rosas adquiere por momentos la grandeza de un Satanás miltoniano, y se comprende leyendo eso que Juan Bautista Alberdi—otro argentino que es de los contados escritores en lengua castellana que puedo soportar—dijera hablando del tirano, cuyo

nombre durante veinte años apenas dejó de figurar un momento en la prensa europea, estas palabras: «Si se perdiesen los títulos de Rosas á la nacionalidad argentina, yo contribuiría con un sacrificio no pequeño al logro de su rescate». Y cuenta que Alberdi fué otro de los enemigos de Rosas.

El mismo Alberdi, en sus *Car'as Quillotanas* (escritas desde Quillota, en Chile), dijo de Sarmiento cuanto de malo puede decirse de este incorregible ególatra, de este hombre repleto de vida y de energía y desbordante de sí mismo, que se pasó la mayor parte de su vida hablando, como Byron, de sí, y que ha alumbrado las encendidas páginas de sus escritos con la llama de un espíritu ardiente de vida.

Sarmiento era un lírico, un poderoso lírico, que derramó su lirismo hablando de los sucesos de su tiempo y de su país. Habla mucho de sí mismo, y á cada paso confiesa su inmodestia y fatuidad. Y lo go hay que oírle describir la pampa ó algunas de las batallas de Quiroga, ó hablar del Escorial, ó contarnos la corrida que en Madrid se dió cuando las bodas de Isabel II y su hermana.

Y vele aquí cómo escribiendo al día—su *Facundo* lo redactaba según se iba publicando en el folletín de un diario chileno—con fines de combate, y empleando la pluma como arma para derrocar á Rosas, y más bien como arma para conquistar la presidencia de la República, hizo este hombre singular y de alma robustísima, una labor hermosísima por su valor estético, y que hace que por mi parte le prefiera á cuantos han escrito en lengua española en el siglo XIX.

Y de estilo?, de lenguaje?—preguntará cualquier badu'aque. Y hay que decir: Distingamos. Cabe un estilo vigorosísimo, robusto, personal y henchido de hermosura, con un lenguaje desgrefado é incorrecto, como cabe el





mayor atildamiento lingüístico y la manera de escribir más correctamente retórica, sin estilo alguno. Sarmiento tiene estilo; un estilo á las veces algo enfático, un tanto oratorio casi siempre, lleno de color y de calor siempre y de gracia, de gracia robusta y viril, muchas veces. Y en cuanto al lenguaje, Sarmiento escribía á la buena de Dios el romance, un si es no es anticuado á veces, que había aprendido allá, en la remota San Juan, al pie de los Andes, en el seno de una antigua familia colonial. Una lengua muy briosa y muy expresiva en un estilo de montonera.

Y era un español, he dicho. Un español que renegaba de España á cada paso y quería borrar de su patria la tradición española, á la que atribuía los males de la Argentina. Pero aunque combatiera contra esa tradición histórica, la tradición íntima, la de debajo de la historia, la radical, la honda, la que va agarrada á la sangre, á las costumbres, y sobre todo á la lengua, esa la guardaba como nadie. Siempre que leo las invectivas de Sarmiento contra España, me digo: Pero si este hombre dice contra España lo mismo que decimos los españoles que más y mejor la queremos! Habla, sí, mal de España, pero habla mal de España como sólo un español puede hablar mal de ella; habla mal de España, pero lo hace en español y muy en español.

Sarmiento se me presenta como el escritor en lengua castellana más hondamente castizo que hemos tenido en el siglo pasado, y conservó ese casticismo gracias á no haberse enfrascado en la enojosa lectura de nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII. Por no haber pretendido nunca imitarla ni escribir como ellos, escribió de la manera más briosa y genuinamente española. Escribió al día, tal vez á caballo alguna vez, sin raspador ni borradores, y sin tener un Manual de retórica y poética á un lado y un Diccionario de arcaísmos al otro. Su lengua es lengua hablada, con la sintaxis de la lengua hablada, y hay en sus obras páginas

que parecen no escritas, sino dichas, tomadas á taquigrafía. Y así como hay hombres insoportables de los que se dice que hablan como un libro, de los libros de Sarmiento hay que decir que hablan como un hombre.

Y á este hombre, es natural, apenas si se le conoce en España, y cuando alguien ha dicho aquí algo de él, ha sido con desdeñosa condescendencia. Afortunadamente, los argentinos empiezan á no recatarse para llamarle genio. Y si algún escritor en lengua castellana del pasado siglo tuvo algo de hondamente genial, fué Sarmiento. Aquí no se le conoce ni es fácil que se le conozca y aprecie. Porque Sarmiento es lírico, real y verdaderamente lírico; Sarmiento dice lo que á él se le ocurre—hoy una cosa y mañana otra, tal vez la contraria—y no lo que se le ocurre á otro; Sarmiento es violento y agresivo y desdeñoso; Sarmiento habla mucho de sí mismo y de los demás en relación con él; Sarmiento no recuerda á ninguno de nuestros fastidiosos clásicos de los siglos XVI y XVII; Sarmiento, honda y radicalmente español, más español, acaso, que cuantos españoles cobraron fama escribiendo en el pasado siglo, habla mal de España; Sarmiento era, ante todo y sobre todo, un hombre, y en puro ser hombre, fué escritor, escritor que vertía en sus escritos la redundancia de su propia personalidad colmada de vida. Y Sarmiento no se preocupó nunca de hacer un libro, como quien hace un armario, una mesa ó un reloj, un libro con principio, medio y fin, cuidadosamente arquitecturado, un libro con sus tablas bien ensambladas y cepillado y bruñido y barnizado á puño, y como nunca se preocupó de hacer un libro, nos ha dejado obras palpitantes y rebosantes de vida y de pasión y de hermosura. Y, en cambio, los que se preocupan de hacer libros, no hacen sino muebles muy pálidos y muy relucientes, que atraen al pronto, pero que á los pocos años se alabean, se resquebrajan y se deslustran, y la carcoma y la polilla dan cuenta de ellos al cabo.

Miguel de Unamuno.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES